CUALQUIERA

Sentados en el asiento trasero del taxi nos miramos a los ojos pasando por Hanbury Street —Algún día alquilaremos un hogar aquí— Dije entonces. De repente, sentí sus tan fríos como hermosos témpanos de hielo mirarme con esa sonrisa desdeñosa tan típica de él.

—Querrás decir un casa, ¿no?— Él respondió. Amaba responder con preguntas. Y yo amaba responderlas.—No, cielo. Yo hablo de un hogar. Una casa se consigue en cualquier parte. Pero un hogar, ese que eliges y que creas, eso no se encuentra con cualquiera...— Sus anchas cejas, fruncidas en una forma demasiado perfecta, me indicaron su confusión ante mis palabras.— Pero yo podría ser cualquiera.— Él respondió

—Sí, pero eres tú mi cualquiera. El cualquiera que yo elegí— Esas fueron mis últimas palabra antes de unirnos en un beso. Pero en ese beso faltaba un elemento del que tiempo después notaría su importancia. ¿Era yo su cualquiera o simplemente yo era cualquiera?

Debería haber sabido que sería la primera en irse si piensas en la primera vez que le vi. Huyendo del porvenir de la desgracia. Huyendo de un nido infectado que no tardaría en contagiarme.

¿Pero acaso puedo quejarme? Soy un pájaro enfermo más en un nido infectado por la peste de un amor podrido. ¿Nadie les enseñó a mis padres qué es lo que pasa cuando juegas con fuego?

En el mundo en el que yo vivo cualquiera tiene un hijo, cualquiera tiene una pareja con la que casarse, cualquiera compra una casa, cualquiera... Pero, ¿cualquiera tiene una relación?, ¿cualquiera tiene una familia?, ¿cualquiera tiene un hogar?

—¡Giselle!— Por mi cuerpo sentí un escalofrío horrible recorrer mi espalda.— Anthony, ¿qué ocurre, cielo?— Él me miró con sospecha, hábilmente tomó mi mentón.— Debo irme, te veré pronto. Adiós.—

A mi pobre mente no le dio tiempo a procesar todo lo que estaba ocurriendo antes de que el susodicho saliera del taxi. Un “adiós” tímido, en voz baja, impropio de mí fue mi respuesta. —Te amo— Y la puerta se cerró, no dejándome muy claro si lo había oído. A lo mejor le hubiera gustado

escuchar esas palabras. Y a mí que las hubiera oído. Antes de que mi vida tal y como la conocía se escurrieran de mis dedos ornamentados con esmalte azul marino.

No sabía lo que se avecinaba para mí esa noche, pero menos podría imaginar qué ocurriría con nosotros desde entonces. Él entró en su casa y el taxi se puso de nuevo en marcha. El plan estaba claro, el taxista me llevaría a mi casa que estaba en el siguiente vecindario. Yo me bajaría unas casas antes por precaución y me iría pronto a la cama para irme a trabajar mañana a las ocho de la mañana. Todo se veía tan asquerosamente inocente que parece que el destino estaba ansioso porque abriera los ojos.

El taxista intentó torpemente de entablar conversación, sin mucho éxito para ser honestos. Yo solo asentía educadamente y le recordaba que fijara los ojos en la carretera. Y aunque en un momento pareció ceder, las cosas empezaron a ponerse tensas. Así que decidí que bajaría un poco antes de lo previsto.

Baje aquí, por favor.— Dije un poco nerviosa. Él se giró hacia mí mientras seguía pisando el acelerador. Su mirada me aterraba. Escaneando todo mi cuerpo y fijándola en zonas poco discretas. No sé lo que habría pasado si ese coche no se hubiera estrellado con el taxi unos metros más adelante.

Tiempo después, saliendo del hospital con Anthony a mi lado, nos dirigimos hacia su coche. Tardaría un buen tiempo en subirme a un taxi de nuevo. Anthony se quedó mirando a un punto fijo en absoluto silencio por unos segundos. Y yo no estaba segura de qué debía responder. Justo cuando estaba a punto de abrir la boca, el alzó su cabeza hacia mí.—Nadie volverá a herirte, Gigi. Voy a ocuparme personalmente de ello.— En ese momento no sabía cómo, pero casi sonaba como una amenaza.

Los siguientes meses pasaron de un plumazo, Anthony se había mudado a mi casa, a pesar de que no entraba en mis planes recientes. No me dejaba ir a la calle sola, ni coger el coche... Ya no sabía si era su hija o su novia. ¿Su excusa? Mi “seguridad”. “Como si yo fuera una niña” pensé. Y aunque no me gustaba para nada, trataba de convencerme de sus buenas intenciones. “Será algo temporal” decía mi madre. “Sólo trata de cuidarte” reprochó mi cuñada.

Mi vida se había convertido en un control constante, un recuerdo doloroso, vivo y ardiente de mi adolescencia.

—No, otra vez no.— Gritaba mi cabeza. —Giselle, debes terminar con esta locura. — Gritaba mi corazón.

Esa noche, él no estaba, por fin me pude escabullir a la cocina para encontrar una botella de alcohol. Parecerá estúpido, pero extrañaba beber. Bebí hasta que no pude más, hasta que perdí todo sentido de la razón. "El cuerpo extraña lo que se le prohíbe" dicen, y yo extrañaba mi libertad.

Tal vez si no habría los ojos de nuevo... Despertaba en mi cama del hospital y todo esto habría sido una pesadilla, ¿verdad?... ¿Verdad?

Mil pruebas y exámenes médicos después, volvía a estar en casa. Ciertamente no como antes. Un "lo siento" al unísono se escuchó en el salón.

— Me gustaría decir que podemos continuar con esto, Anthony. — Traté de continuar.— No, no podemos. Tratando de ser el caballero que se supone que debo ser, casi sentencio a la princesa.— Puse los ojos en blanco ante el mote de "princesa" — Tratando de no volver a mi antigua vida casi la pierdo por completo.— Respondí tragándome mi orgullo.

Siento no haber sido el "cualquiera" que te mereces.— Carraspeó mirando al suelo— Tal vez es hora de que sigamos vidas diferentes. —Sentencié.

— ¿Volveremos a vernos, Giselle Portman?— Preguntó con un ápice de esperanza.

— En cualquier otra momento, Anthony Fill, tú y yo aprenderemos a amar. Y en cualquier otro momento, tú y yo aprenderemos a amar, Pero si te sirve de consuelo, yo no me enamoré de cualquiera. Me enamoré de mi cualquiera.— Y esa misma noche, todo rastro de él desapareció. Y con él, toda mi vida anterior.

…

Años después, junto a mi nueva gente y una copa de Champagne hago un brindis mientras celebro un día cualquiera en el bar. Ahora mi hogar en Hanbury Street. Es sólo mío, y eso es algo que he aprendido a amar.